

La ideologización de la ideología: los desafíos para el estudio de las Relaciones Internacionales

Rocío Venegas Vargas*

Resumen

En el presente artículo se analiza el papel de la ideología tras el fin de la Guerra Fría, periodo en el que, desde los centros de poder hegemónico, se anunció con bombo y platillos el "fin de las ideologías". Partiendo de un recuento histórico de la construcción del concepto mismo de ideología por diferentes perspectivas filosóficas y científicas, desde la Ilustración y el marxismo hasta la Teoría Crítica y la Sociología internacional, la autora afirma que, lejos de haber presenciado el "fin de las ideologías", nos encontramos en un periodo en el que el estudio de la ideología por diversas disciplinas científicas se hace más complejo. En este sentido, es obligación de las Relaciones Internacionales abordar esta espinosa cuestión para entender la realidad social internacional en que vivimos.

Abstract

This article examines the role of ideology after the end of the Cold War. In this historical moment "the end of all ideologies" was enthusiastically announced from the centers of hegemonic power. Starting from an historical review of the construction of the concept of ideology by many philosophical and scientific perspectives, from the Age of Enlightenment and Marxism to Critical Theory and International Sociology, the author argues that, far from having witnessed the "end of ideologies", we are in a period in which the study of ideology becomes more complex. Thus, it is imperative that International Relations discipline analyzes this thorny issue in order to understand the international social reality in which we live.

La ideología es un producto de la Modernidad y en su definición han participado diferentes escuelas del pensamiento sociológico y político. A su vez, el estudio de los fenómenos ideológicos ha abierto un compás de análisis entre la epistemología y la política, lo que se traduce en considerar a lo ideológico en

*Licenciada en Relaciones Internacionales y maestrante en Estudios México-Estados Unidos por la UNAM. Actualmente es profesora en la FES Acatlán y participa en el proyecto PAPIME para la preparación de la "Guía metodológica para la elaboración de Tesis y Tesina en Relaciones Internacionales" en la misma institución.

un rango que abarca desde el constituirse como un obstáculo para el conocimiento científico, hasta la revelación de una naturaleza instrumental en la manipulación política.

La teoría de las Relaciones Internacionales no ha manifestado un interés particular en los aspectos ideológicos —sin menoscabado de las incursiones que ha hecho el estudio de la política exterior en esta materia— y se ha circunscrito a construir sus aportaciones al estudio del conflicto y el poder, basadas en las aseveraciones modernas de la ideología. Esto quiere decir que lo ideológico en la realidad internacional ha sido tomado como un atributo de falsedad, de parcialidad y de distorsión que caracteriza a las posiciones del contrario; generalmente con fines de dominación.

Como la historia lo ha consignado, el siglo XX fue el siglo de las grandes ideologías, y bajo su influencia se articuló la política mundial y las grandes guerras de este tiempo. En este periodo el uso del término “ideología” fue hecho de manera por demás discrecional y abusivo, y con ello se diluyeron los linderos entre la tarea científica y la utilidad política.

Hacia el cierre del siglo pasado, una vez que concluye la Guerra Fría y desaparece uno de los antagonistas de la lucha ideológica, el socialismo, resurge y se actualiza a nivel político “el fin de las ideologías”, a la vez que se proclama la transparencia en el discurso político y científico. Sin embargo, la ideología no ha desaparecido, porque lejos de haberse resuelto este espinoso asunto se ha hecho más complejo su estudio.

Dentro de las relaciones internacionales, hoy en día se exige un replanteamiento del fenómeno ideológico, tanto en el quehacer académico como en el político, dado que la realidad contemporánea, inmersa en los procesos y discursos de la globalidad, ha sido presentada como una época donde no hay alternativas posibles al capitalismo o al pensamiento único, lo que en una lógica esquemática llevaría a concluir apresuradamente que el conflicto es un vínculo que se debilita, de tal forma que en estos tiempos globales del siglo XXI, donde la conexión en tiempo real, la transparencia e inmediatez parecieran asegurar la ausencia de contradicciones, confrontaciones y/o rivalidades, la ideología ha fenecido. No obstante, la exclusión social, racial y étnica junto con la polarización política o la consolidación de los fundamentalismos, indican que el mundo se debate en una lucha feroz entre la homogeneización de lo global y la fragmentación de las localidades en diferentes ámbitos o dimensiones. Lucha en la que la ideología está más presente que nunca.

La pregunta giraría entonces en los siguientes términos: ¿qué es lo que ha llevado a afirmar que la ideología es un resto de aquellos tiempos en que se vivió la Guerra Fría? En otras palabras ¿el mundo global carece de alternativas

porque no existen, dado que hemos topado con la “verdadera” realidad en la que no hay discusión, o porque el imaginario social está agotado?

En un primer intento de plantear esta cuestión, es más fácil imaginar el colapso o el fin del mundo, que embarcarse en la tarea de reelaborar formas nuevas y creativas de explicar la realidad que se presenta.¹ Esta aparente falta de capacidad, más que reflejar un agotamiento de la facultad de pensamiento de los seres humanos, muestra una sofisticación de los mecanismos ideológicos, donde la ideología misma se ha “ideologizado”.

Es necesario entonces hacer una revisión metodológica del estudio de la ideología para trascender la visión pragmática e instrumental de este término y, en consecuencia, trabajar en el análisis de la naturaleza del mecanismo ideológico que se estructura alrededor de una necesidad oculta que se manifiesta como una mera contingencia. En primer lugar, es preciso dejar de ver a la ideología como una mera representación errónea, distorsionada de su contenido social, para considerar que más que los contenidos ocultos es importante desentrañar el misterio de la forma de ocultar, el cual se hunde en la identificación de la ideología como fenómeno individual o colectivo. Este es el punto a trabajar en la teoría de las Relaciones Internacionales.

La ideología es un fenómeno social que se encuentra en el fundamento mismo del proceso de conocimiento de la realidad, por lo que es una herramienta auxiliar en la explicación de la naturaleza de las representaciones mentales, tanto individuales como colectivas. De tal forma que las representaciones sociales basadas en la ideología influyen en los mensajes escritos y orales situados en un contexto y entre los actores reales. A su vez, en sentido inverso, las ideologías se constituyen, cambian, cuestionan y reproducen a través de las prácticas sociales. De esto se concluye que las estructuras del discurso y las estructuras ideológicas interactúan modificándose unas a otras.

Las ideologías como formas de representaciones sociales están primero en la mente antes que en la sociedad, por lo que se deben estudiar las estructuras internas de los fenómenos antes que sus funciones externas. No obstante, la cognición, el discurso y la sociedad están relacionados de una manera en extremo compleja, donde la influencia y la dependencia entre los elementos tienen normalmente diferentes direcciones y múltiples niveles. Desde esta perspectiva, es inútil afirmar que la ideología es primordialmente cognitiva o social, porque es ambas cosas a la vez.

El concepto de ideología comienza su construcción en el Siglo de las

¹ Véase Fredric Jameson, “La posmodernidad y el mercado” en Slavoj Žižek, *Ideología. Un mapa de la cuestión*, FCE, México, 2003, pp. 309-328.

Luces con el proyecto político de la Modernidad, a partir del enfrentamiento con la visión medieval del “antiguo régimen”. En este sentido, los primeros acercamientos de Francis Bacon, Paul H. Dietrich y Claude A. Helvetius, comienzan en el campo del conocimiento, es decir, en la forma en que el hombre conoce la realidad y, en consecuencia, la manipula o la transforma. La ideología está en el proceso del conocimiento como Bacon lo señala:

Los ídolos y las nociones falsas que han invadido ya la humana inteligencia, echando en ella hondas raíces, ocupan la inteligencia de tal suerte que la verdad sólo puede encontrar a ella difícil acceso; y no sólo esto: sino que, obtenido el acceso, esas falsas nociones concurrirán a la restauración de las ciencias, y suscitarán a dicha obra obstáculos mil, a menos, que prevenidos los hombres, se pongan en guardia contra ellos, en los límites de lo posible.²

De lo que se concluye que el conocimiento está distorsionado por el engaño, y éste es un rasgo de la naturaleza humana, donde las condiciones o el contexto que rodean al entendimiento son secundarias. A partir de esta premisa se justifica la ceguera ideológica como una característica intrínseca del hombre, así como también racionaliza la dominación social, pues ante la incapacidad de conocer la realidad, el individuo requerirá de intérpretes o mediadores, los que no siempre actuarán en interés de sus receptores, sino por motivaciones particulares y egoístas.

En la Ilustración, el concepto de ideología nace como un producto de la lucha contra un orden social, de manera tal que la denuncia de los fenómenos ideológicos sirvió para derrumbar los muros de contención que había impuesto la Iglesia sobre la razón. Fue el francés Destutt de Tracy en su obra *Éléments d'idéologie* quien propuso el término *idéologie* para denominar a una nueva ciencia, aquella que estudia las ideas a partir de las sensaciones.

Más adelante, en el siglo XIX, el materialismo explicaría que los impulsos subjetivos transforman la razón humana y obstaculizan la adquisición del conocimiento científico; a la luz de la tradición de los ilustrados sobre la crítica a la ideología y la religión, Ludwig Feuerbach afirmó que la existencia de Dios proviene de la necesidad humana de dar cuerpo a sus deseos y anhelos más secretos en un sujeto cuya naturaleza trasciende lo sensible y lo terrenal.

Por consiguiente, aunque la religión plantee los dogmas sobre Dios y su relación con el hombre como realidades objetivas, éstos no son más que la expresión de la interioridad del ser humano, es decir, tan simple como que la

² Francis Bacon, *Novum Organum*, Folio, Barcelona, 2002, p. 31.

realidad divina es un producto humano. Este paso de lo objetivo a lo subjetivo deja al estudioso del fenómeno ideológico en el punto de partida de la construcción del concepto, es decir, en la exploración de las características y constitución de los impulsos psíquicos.

En este orden de ideas, la función de la ideología sería la distorsión de la claridad del pensamiento humano, lo que impide el conocimiento humano, así como también su utilidad como herramienta de manipulación espiritual y de dominación política en la sociedad.

En busca del origen y objetivo de la ideología, se considera que lo ideológico es todo aquel fenómeno mental que emana del proceso de las sensaciones y percepciones del entorno de la realidad, de tal forma que el materialismo, y posteriormente el psicoanálisis con Sigmund Freud, se concentran en buscar el origen de la ideología desde las sensaciones e impulsos externos, hasta los elementos psíquicos propios de la naturaleza individual.

Por consiguiente, la palabra ideología remite a un espacio mental donde no se emiten juicios claros, sino ideas y creencias que sin haber sido filtradas por el tamiz del pensamiento científico funcionan como prejuicios. Éstos son expresión de los intereses de grupos poderosos de la sociedad, como fue el caso de los ministros eclesiásticos en el régimen medieval. Es así que la ideología se desenvuelve en un lugar individual: en el “pre-consciente” del hombre, aunque su origen es social. De aquí parte la escuela clásica de la ideología que toma su base de la teoría marxista.

Karl Marx inició su estudio sobre la ideología a partir del concepto acuñado por los ilustrados; es decir del análisis de la aparente independencia de las representaciones religiosas respecto de los seres humanos. El enfoque que utiliza el marxismo es el materialismo histórico, como bien se sabe, y toma sus raíces de la crítica a la filosofía del Estado de Hegel, la antropología de Feuerbach y de la economía política clásica.

En este sentido, estipula que la “materia” no se circunscribe a su dimensión física, sino que tiene un significado social e histórico importante para la producción, y las relaciones sociales que de ella surgen.

A través de estas premisas, se retoma el fenómeno religioso y se concluye que es un producto social, dado que el hombre no es un ser abstracto, sino que vive en el mundo humano, el que es de carácter social. La realidad inversa que manifiesta la representación religiosa en su calidad ideológica se expresa en su supuesta independencia del mundo de hombre real y de lo que en él hace para continuar existiendo físicamente.

Las representaciones no aparecen como producidas por los hombres, sino como entidades que no tienen nexo alguno con éstos, excepto para regir sus vidas. En este orden de ideas, el siguiente paso es considerar a la historia

misma como obra de ideas o de construcciones mentales con vida propia y no como productos de acciones motivadas por necesidades.

Bajo estas premisas, la atención de Marx se concentra en el caso de la sociedad capitalista, y en una de sus formas esenciales, la mercancía, como lo plantea a continuación:

El carácter misterioso de la forma mercancía estriba, por tanto, pura y simplemente, en que proyecta ante los hombres el carácter social del trabajo de éstos como si fuese un carácter material de los propios productos de su trabajo, un don natural social de estos objetos y como si, por tanto, la relación social que media entre los productores y el trabajo entre los mismos objetos, al margen de sus productores. Este *quid pro quo* es lo que convierte a los productos de trabajo en mercancía, en objetos físicamente metafísicos o en objetos sociales.³

El pensador alemán concluye que en esta sociedad se reflejan los caracteres sociales del trabajo humano como propiedades naturales inherentes al producto del trabajo. La relación social que se plasma entre los productos y el trabajador, aparece como una relación entre objetos;⁴ esto sucede porque los productores de mercancías únicamente entran en contacto social por medio del intercambio de sus productos de trabajo, momento en que se evidencian los rasgos sociales de sus trabajos privados. Por eso, ante los productores, las relaciones sociales de sus trabajos privados aparecen como relaciones sociales entre personas.

En la imposibilidad de ver el origen de sus relaciones y conductas —considerándolas como entidades independientes de la estructura de poder social— es donde se plasma el funcionamiento de la ideología. Por lo anterior, desde esta perspectiva se puede considerar como ideológico a todo aquel pensamiento que está inhabilitado para comprender su origen social y, por tanto, no puede entablar la relación entre teoría y práctica, que a su vez permite la perpetuación de las relaciones de poder condicionadas históricamente.

Esta aparente independencia de su referente real —que caracteriza al fenómeno ideológico, en particular, y a lo ideológico, en general— se genera en la base misma del capitalismo: en la “mercancía”. Al hacerse autónomas de su origen social se establece una analogía con el mundo invertido de las representaciones religiosas.

Es preciso destacar que en el pensamiento de Marx y Engels la ideología no comprende exclusivamente el pensamiento individual, sino la cultura en general, porque se refiere al pensamiento de los grupos sociales en su

³ Karl Marx, *El capital*, tomo I, PCF, México, 1972, p. 37.

⁴ Este fenómeno es identificado por la escuela marxista como la alienación del hombre.

condicionamiento social. La ideología —como parte de las formas jurídicas, políticas, religiosas, artísticas o filosóficas— es expresión o mejor dicho la parte superior del edificio social, así lo explica:

La producción de las ideas y representaciones, de la conciencia, aparece al principio directamente entrelazada con la actividad material y el comercio material de los hombres, como el lenguaje de la vida real. Las representaciones, los pensamientos, el comercio espiritual de los hombres se presentan todavía, aquí, como emanación directa de su comportamiento material.⁵

Sin embargo, esta figura sólo es válida para fines analíticos, porque en la práctica social la ideología es interdependiente a los demás factores de la formación social concreta de una época determinada. Esto es, al emanar de las relaciones materiales entre los hombres, contribuye a preservar el orden que establece la organización de la producción material de la sociedad. Toda ideología es práctica, trabajando no sólo en el nivel del pensamiento de los hombres, sino también en su comportamiento social.

En su función racionalizadora de un orden social, la ideología aglutina las ideas dominantes en cada época. Por ello, en el capitalismo es la burguesía quien tiene ideología, mientras el proletariado lo que puede generar es una conciencia de clase —una visión del mundo que le permite traspasar los límites históricos de su época—. La lucha ideológica entre estas dos clases sociales básicas del capitalismo se manifiesta en la política por el poder, en otras palabras, es la dilución teórica y práctica sobre el problema político: no hay otra ideología que aquella perteneciente a la clase dominante, en el momento en que la dominación social cese, dejará de existir la ideología del grupo dominante.

La teoría de Marx es la base de las teorías modernas y contemporáneas sobre la ideología, en particular de los dos elementos que integran el concepto que ofrece esta concepción clásica, que para muchos autores consiste en una dicotomía: por una parte, se concibe a la ideología como el contenido espiritual de una sociedad enraizada en su organización productiva e histórica, aquí se localizan todo tipo de representaciones como las morales, religiosas, jurídicas, científicas y artísticas sean estas verdaderas o no, y por otro lado, se considera como ideológicas tan sólo las representaciones falsas, es decir, aquellas que la sociedad ha producido para justificar y ocultar, en las cabezas de sus miembros, la situación de desigualdad y dominación que existe en la estructura material.

En otras palabras, la ideología es sinónimo de una conciencia falsa porque

⁵ Karl Marx y Friedrich Engels, *La ideología alemana*, Pueblos Unidos, Montevideo, 1973, p. 25.

subjetivamente está justificada en función de la situación histórico-social, pero de manera objetiva es errónea en cuanto que es incapaz de comprender o expresar la esencia de la transformación histórica de la sociedad.

No obstante, que esta división no sea más que necesaria en función de un corte analítico para después integrarse en un concepto único, la concepción marxista marca un "parteaguas" en la construcción de la definición de ideología.

Partiendo del análisis de los prejuicios hecho por los precursores, el marxismo se concentra no sólo en la forma de las representaciones ideológicas, sino que valiéndose de las herramientas del materialismo histórico encuentra el origen de tales manifestaciones y, en consecuencia, pone al descubierto el mecanismo de su función social.

Otro paso más en la construcción del concepto de ideología se encuentra en la aplicación de la teoría marxista por V. I. Lenin, G. Lukacs, A. Gramsci y K. Korsch, quienes destacan el papel preponderante de la subjetividad, en la definición de ideología, es decir, la voluntad o la acción de los individuos para constituir un fenómeno ideológico. Como Korsch lo consigna a continuación:

Una práctica revolucionaria que se limita a una acción directa contra la esencia terrenal de las quimeras ideológicas y tratara de no ocuparse para nada de la transformación y abolición de las ideologías mismas, sería desde luego tan abstracta poco dialéctica como un método de pensar teórico de este tipo que, a la manera de Feuerbach, se limite a reducir todas las representaciones ideológicas a su núcleo material, terrenal.⁶

Si bien es cierto que la burguesía tiene la posibilidad de tener una conciencia verdadera, ésta se convertirá inmediatamente en ideología, en la medida en que atendiendo a sus intereses de clase en la lucha por el poder, buscará racionalizar y justificar el orden existente, antes que actuar con base en las líneas de vanguardia social. Por lo que una visión parcial de la sociedad será presentada como la única posible, y su criterio de organización de la producción será defendido como objetivo y verdadero. Sin embargo, es necesario tener presente que sólo son los criterios de una clase y de ninguna manera el del conjunto de la sociedad.

Después es necesario hacer un alto en la Teoría Crítica o Escuela de Frankfurt. Ésta hace referencia a la corriente derivada de los trabajos y publicaciones que realizó el *Institut für Sozialforschung* de la Universidad de Frankfurt bajo la dirección de Max Horkheimer. Y su base es la aplicación del método crítico-dialéctico en el estudio de los fenómenos sociales, en relación con el

⁶ Kart Korsch, *Marxismo y filosofía*, Era, México, 1971, p. 53.

tema que nos ocupa nos interesa rescatar a tres de los autores más conspicuos de esta corriente: Max Horkheimer, Theodor Adorno y Herbert Marcuse.

En la teoría crítica se impone como tarea señalar las contradicciones básicas y fundamentales de la sociedad capitalista, para ello se coloca al margen de los mecanismos de reproducción del capital y, rebasa los límites del trabajo intelectual que lo separa del manual –según los cánones de la división del trabajo. En otras palabras, rechaza el papel independiente del intelectual tradicional que se declara más allá del conflicto político para pugnar por uno que se compromete tomando una posición. Al respecto Marcuse señala que:

la libertad humana no es aquí un fantasma ni tampoco un estado interno que no crea deberes y que no modifica al mundo exterior, sino que es una posibilidad real, una relación social de cuya realización depende el destino de la humanidad.⁷

Así, esta corriente sustenta una concepción del hombre que se mantiene como sujeto creador de la historia, y contrasta los productos de la práctica social con las posibilidades del contexto. En esta comparación de la realidad con la posibilidad, el intelectual en su calidad de creador plantea decisiones metodológicas que a su vez están determinadas y condicionadas por un interés social.

En este orden de ideas, la Teoría Crítica ha logrado valiosos avances en el estudio de la ideología, en gran medida sustentado en el análisis del fenómeno ideológico dentro del totalitarismo de las sociedades industrializadas. La motivación social que orienta los trabajos de Frankfurt es la emancipación como producto de una conciencia crítica de la sociedad, sus contradicciones y sus necesidades.

La ideología es un producto histórico y político que asume las características de un pensamiento degradado porque en las sociedades industrializadas además de la ideologización de la realidad, está la ideología misma. De esta forma se presenta la imagen de la realidad como una ideología más.

Si bien la ideología como objeto de estudio surge como parte de un proyecto político de la burguesía y su comprensión se refiere a su origen social, en las sociedades capitalistas de la primera mitad del siglo XX la ideología y el control social fueron más allá de la manipulación en el juego del poder.

Por ello, la ideología es falsa, pero en la manera en que se presenta, es

⁷ Herbert Marcuse, *Cultura y sociedad*, Sur, Buenos Aires, 1970, p. 85.

decir, como verdadera en sí —como las ideas de la libertad o la justicia—, aunque continua siendo falsa porque se muestran como ya realizadas, cuando esto no es así.

Como ocurre en las sociedades industriales:

si la determinación y comprensión de las realidades ideológicas presuponen una teoría, a la inversa y en igual medida, la definición teórica de lo que es ideología depende de lo que efectivamente actúa como producto ideológico.⁸

Así, hay doctrinas filosóficas que siendo sólo ideológicas —por ser una ilusión con respecto a la realidad social— se integran al aparato de control social.

Si bien la naturaleza ideológica se desentraña cuando se relaciona la forma del producto espiritual con el origen social que lo sustenta —esta separación es la esencia de la ideología—. No obstante, en esta autonomía se cifra su momento de verdad, porque es evidencia de que esta específica modalidad de conciencia no es un mero reflejo de la realidad material y objetiva, sino el producto de la reflexión y actividad humana.

En este tenor de ideas, la escuela crítica manifiesta que la ideología contemporánea presenta la ausencia de su autonomía de lo social, y ya no en el engaño u ocultamiento de su pretensión de autonomía. Tanto en Adorno como en Horkheimer, la ideología ya no funciona como máscara de la realidad, sino que muestra en su totalidad la cara del dominio social:

pero justamente porque la ideología y la realidad corren de esta manera una hacia la otra; porque la realidad dada, a falta de otra ideología más convincente, se convierte en ideología de sí misma, bastaría al espíritu un pequeño esfuerzo para librarse del velo de esta apariencia omnipotente, y ello con casi nada. Pero este esfuerzo parece el más difícil de todos.⁹

Las sociedades industrializadas presentan sus procesos políticos como mecanismos transparentes, donde la lucha de poder es regulada por los valores de la libertad, la igualdad y la justicia; por lo que, no hay nada que ocultar y la ideología como instrumento manipulador y distorsionante se percibe como obsoleto.

No obstante, la “desaparición” de la ideología en su sentido clásico sólo es el síntoma que nos remite a la ideologización más refinada, donde la visión

⁸ *Ibidem.*

⁹ *Ibidem.*

real de la dominación es presentada tal como es: el fundamento de la dominación y la ideología.

En el capitalismo, la opción de elegir con libertad entre los satisfactores de las necesidades, implica la reproducción del control social en una forma más sutil. La alienación ha traspasado las fronteras del trabajo y la producción para incursionar en el producto mismo. Los productos son símbolos de necesidades superpuestas y no autónomas que se presentan como immanentes al individuo.

Los mecanismos de la ideología y de la dominación se han hecho aún más sofisticados y complejos; la "necesidad creada" toma cuerpo en el producto y en última instancia en el individuo, así como la ideología se viste de verdad y se presenta como la realidad prometida, pero sin cumplir, soslayando la falsedad.

Esta absorción de la ideología por la realidad no significa la inexistencia de la ideología, simplemente se desplaza hacia la producción misma. Y la liberación depende de manera sustancial de la toma de conciencia de la servidumbre por el individuo mismo.

En este sentido, las formulaciones de Marx sobre la conciencia de clase es destacado por su vigencia, el sólo hecho de pertenecer a una clase no significa que posea un modo específico de representar al mundo, puesto que lo más probable es que viva dentro de la ideología total del sistema. La reacción y liberación de este control implica necesariamente un proceso de toma de conciencia, donde el elemento individual tiene un papel activo y creativo.

Marcuse, Adorno y Horkheimer rescatan en gran medida la elaboración y recreación del concepto marxista de la ideología, tanto el aspecto objetivo del origen social y de la falsedad manipuladora como el subjetivo donde la acción de los individuos en un proceso de toma de conciencia. Para estos pensadores, la ideología no es más que el reflejo de un contexto social o una situación objetiva que funge como matriz de cambio social, es también el producto de la subjetividad de la época.

Un capítulo no menos importante en el estudio de la ideología es su predicho "final". En la corriente marxista se supone que con la desvariación de la lucha de clases y de la conquista del poder, la ideología dejaría de tener sentido. Sin embargo, la finalización de la dominación social de la organización clasista es una utopía.

La Guerra Fría puso en un punto álgido el fenómeno ideológico como instrumento de confrontación entre al doctrina capitalista y la socialista. La apariencia irracional que llegó a tomar el conflicto puso en evidencia la urgencia de una recomposición de la racionalidad capitalista y del desarrollo de nuevos planteamientos teóricos sobre la libertad del individuo ante el autoritarismo.

El tratamiento del problema de la libertad servirá como plataforma para

la recuperación de la ideología capitalista o burguesa. En septiembre de 1955 en el Museo Nacional de la Técnica y la Ciencia de Milán, un grupo de intelectuales occidentales se reunió para discernir sobre el tema de la libertad en el mundo. Después de las discusiones sobre el fanatismo, el dogmatismo y el sectarismo como factores restrictivos de la libertad –identificados todos con la ideología– el congreso concluyó que la era de la ideología había llegado a su fin, porque las poderosas ideologías que habían conducido a las masas durante el siglo XIX estaban agotadas y su poder de movilización y convencimiento se había extinguido.

La era de la ideología había sido finiquitada por las atrocidades del comunismo y por el progreso que prometía el capitalismo industrial, al respecto Raymond Aron afirmó que:

el proletariado nunca ha tenido una concepción del mundo opuesta a la burguesía; ha habido una ideología de lo que debería ser o hacer el proletariado, ideología que contaba con tanta mayor influencia histórica cuanto más pequeño era el número de obreros en la industria.¹⁰

Por lo que podemos ver que la teoría del fin de las ideologías se fundamenta en el vertiginoso desarrollo de las fuerzas productivas y de la evolución tecnológica. El surgimiento de una nueva sociedad industrial –apoyada en la ciencia y la tecnología– hace que el desarrollo se oriente hacia el progreso en forma absolutamente independiente del sistema económico en el cual se desenvuelve.

Es decir, que se establecen paralelismos entre el sistema económico de mercado y la economía planificada para conseguir el progreso económico. Esta idea de la convergencia¹¹ y la correspondiente al fin de las ideologías se apoyan en las mismas premisas.

Reforzando la idea de confluencia del progreso y económico y el fin de la ideología, J. Galbraith –en su obra *The New Industrial State*– afirma que son los imperativos de la tecnología y la organización y no los símbolos de la ideología lo que determinan la formación de la sociedad económica. En este sistema la ideología no es una fuerza pertinente, y por consiguiente, los problemas del mundo actual están centrados en cuestiones científicas y tecnológicas.

¹⁰ Raymond Aron, *El opio de los intelectuales*, Siglo XXI, Buenos Aires, 1955, p. 298.

¹¹ Desarrollada por Bertrand Russell de Jouvenel.

Para los exponentes de esta perspectiva, la ideología es una concepción del mundo que contiene ideas y convicciones sobre la naturaleza ideal del hombre y la sociedad. Toda ideología contiene un conjunto –aparentemente sistemático– de hechos, interpretaciones y deseos que se transforma en un programa para la acción, ya que como lo afirma Daniel Bell “la ideología es la conversión de las ideas en palancas sociales”.¹²

En esta conversión se canaliza la energía emocional de los hombres, en el pasado reprimida por la religión y que al ser liberada nutre a la ideología de pasión, emoción e irracionalidad. “Las ideologías del siglo XIX, al insistir en la inevitabilidad y al infundir la pasión en sus seguidores, podían competir con la religión”.¹³ De ahí la propensión al fanatismo ideológico porque la “ideología funde estas energías (emocionales) y las canaliza en la política”.¹⁴

El poder de la irracionalidad se cristaliza en la ideología al transformar las ideas en acción y, con él, a los actores mismos. Sin embargo, este poder de metamorfosis se adjudica por la herencia histórica que tiene la ideología, no por su naturaleza. La ideología surge como complemento de la Revolución Industrial que florece:

(...) en un periodo de reajuste radical, cuando los hábitos de pensamiento y acción firmemente arraigados se vieron compelidos a abrir paso a una veloz serie de acontecimientos económicos y políticos sin precedentes; cuando las condiciones se volvieron más estables, aquella (la ideología) empieza a desaparecer.¹⁵

No obstante, en el siglo XX el poder de convencimiento y movilización de las ideologías se agota, porque el rápido crecimiento económico y el progreso de la ciencia y la tecnología muestran un sistema más aceptable y racional. Baste recordar esta pregunta de Raymond Aron:

¿Cómo reconstruir una nueva ideología cuando falta el culpable (la propiedad privada o el capitalismo, responsable de la explotación y de la miseria), el salvador (el proletariado, testigo de la sociedad inhumana y decidido a redimirse) y la imagen de un porvenir radiante (se cree saber a qué se parecerá una sociedad opulenta siempre y cuando el actual progreso de la economía se prosiga a la misma velocidad durante medio siglo más y no se produzca ninguna catástrofe)?¹⁶

¹² Daniel Bell, *El fin de las ideologías*, Tecnos, Madrid, 1964, pp. 541-551.

¹³ *Ibidem*.

¹⁴ *Ibidem*.

¹⁵ Frederick Watkins, *La era de la ideología*, Troquel, Buenos Aires, 1970, p. 149.

¹⁶ Raymond Aron, *Tres ensayos sobre la era industrial*, Edima, Barcelona, 1967, pp. 147-159.

El trasfondo del decreto del fin de la era ideológica es la presentación de extirpar al marxismo como la más fuerte motivación de las ideologías. Sin embargo, de manera paradójica el “fin de las ideologías” no es más que una ideología más. Los antimarxistas –como Raymond Aron, Edwards Shils y Daniel Bell– se convierten en ideólogos, justamente, al ignorar que sus proposiciones están al servicio de un sistema político y económico con una carga ideológica consistente.

Decretar el fin de las ideologías nos deja ver el grado de ideologización que el fenómeno ideológico ha experimentado en esta segunda mitad del siglo xx, y los primeros años del siglo correine. Dado que la mera sugerencia de “apartarse” de la ideología es un planteamiento ideológico en sí mismo; lo que significa colocarse en una realidad extra ideológica y neutral, libre de sesgos o errores subjetivos.

No obstante, la ideología no tiene nada que ver con la representación errónea o distorsionada, sino con un mecanismo de ocultamiento. En este sentido, la ideología es la matriz que regula la relación entre lo visible y lo invisible o entre lo contingente y lo necesario. Donde se presenta lo esencial como lo contingente, por lo que trascender los límites de los argumentos ideológicos significa identificar la necesidad oculta en lo que aparece como accidental.

Así, que la ideología no es una temática que haya sido rebasada por la historia y la labor teórica, sino que es un mecanismo que sigue vigente y fuerte en los tiempos globales del siglo xxi. Lo que lleva a plantear el desafío en el estudio de las Ciencias Sociales y, en particular, de las Relaciones Internacionales en plantear más que los límites entre lo verdadero y lo falso, sino en delimitar los linderos de la realidad social. En consecuencia, la distorsión o disimulación, además de indicarnos la presencia de una verdad manipulada, también es un síntoma de las contradicciones e inconsistencias que se presentan en la construcción de una realidad social. La labor teórica en las Relaciones Internacionales precisa de abordar esta tarea, desde los campos de la ontología y la epistemología para abordar una realidad inédita. Realidad que se configura en un cuerpo donde conviven lo verdadero, lo esencial, lo falso, lo coyuntural, pero también de lo coherente y lo ideológico.